

**Textos de la Eucaristía del Domingo**

**Primera Lectura: Is 42, 1-4.6-7**

Éste es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me complazco. He puesto sobre él mi espíritu, para que traiga la salvación a las naciones. No gritará, no alzaré la voz, no voceará por las calles; no romperá la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue. Proclamará fielmente la salvación, y no desfallecerá ni desmayará hasta implantarla en la tierra. Los pueblos lejanos anhelan su enseñanza. Yo, el Señor, te llamé según mi plan salvador; te tomé de la mano, te formé e hice de ti alianza del pueblo y luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, sacar de la cárcel a los cautivos, y del calabozo a los que habitan las tinieblas.

**Salmo Responsorial: Sal 28, la.2.3ac4.3b.9b-10**

**R. El Señor bendice a su pueblo con la paz**

¡Alabad al Señor, hijos de Dios,  
alabad la gloria del nombre del Señor,  
adorad al Señor en su santuario!  
La voz del Señor se cierce sobre las aguas,  
el Señor se cierce sobre las aguas torrenciales.  
La voz del Señor es potente,  
la voz del Señor es majestuosa.  
El Dios de la gloria ha tronado.  
El Señor arrasa los bosques.  
En su templo todo grita: ¡Gloria!  
El Señor domina las aguas desbordadas,  
el Señor se sienta como rey eterno.

**R El Señor bendice a su pueblo con la paz**

**Segunda Lectura: Hch 10, 34-38**

Pedro tomó entonces la palabra y dijo:  
-Verdaderamente ahora comprendo que Dios no hace distinción de personas, sino que, en cualquier nación, el que respeta a Dios y obra rectamente le es grato. Él envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la buena noticia de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Ya conocéis lo que ha ocurrido en el

país de los judíos, comenzando por Galilea, después del bautismo predicado por Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con Espíritu Santo y poder. Él pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él.

**Evangelio: MT 3,13-17**

Entonces llegó Jesús desde Galilea al Jordán y se dirigió a Juan para que lo bautizara. Pero Juan trataba de impedirlo diciendo:

-Soy yo el que necesito que tú me bautices, y ¿eres tú el que vienes a mí?

Jesús le respondió:

-Deja eso ahora; pues conviene que cumplamos lo que Dios ha dispuesto. Entonces Juan accedió. Nada más ser bautizado, Jesús salió del agua y, mientras salía, se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y descendía sobre él. Y una voz que procedía del cielo decía:

-Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco.



**Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido**

**1. Situación**

La pregunta va directa: ¿En qué te sientes implicado, qué es lo que te importa, de tal modo que da sentido a tu vida? Algunos creyentes, la mayoría tal vez, se implican en algo humano (los hijos, la pareja, la empresa, la ayuda al prójimo, la justicia social...) y le dan sentido desde la fe.

Otros se sienten implicados directamente desde la fe en Dios y en su proyecto (iel Reino!), y desde aquí están dispuestos a lo que Dios quiera y van viviendo su realidad cotidiana (familia, trabajo, parroquia, lucha social...).

A muchos la fe no les implica y, lo que quizá es peor, tampoco la vida humana. Cumplen más o menos bien con sus deberes; pero van a lo suyo, a sus intereses egoístas.

## 2. Contemplación

Jesús se implicó del todo. Escuchó la voz del Bautista que anunciaba la llegada próxima del Reino, creyó y se hizo bautizar. Se implicó tanto, que quiso bautizarse como todos, como un pecador más. El, el Mesías Salvador. No lo entendía el Bautista; no será entendido cuando se manifieste en público; llegará a escandalizar cuando muera como un maldito. Es el Padre el que saldrá garante de la misión de Jesús, su Hijo, el amado, el predilecto (lectura evangélica).

La primera lectura trata la figura de este Mesías, la misteriosa figura del Siervo, descrita por el profeta Isaías en los cuatro famosos «cánticos del Siervo (42,1-7; 49,1-7; 50,4-9; 52,13-53,12).

Juan el Bautista dejó hacer a Jesús, creyó sin entender. Es Pedro, el discípulo, y con él cada uno de los cristianos, el que da testimonio de que, efectivamente, Jesús de Nazaret, el que pasó haciendo el bien y anunció la llegada del Reino, es el Ungido de Dios con la fuerza del Espíritu Santo, el Señor de todos (lectura de los Hechos).

## 3. Reflexión y praxis

Teóricamente, por el bautismo hemos sido incorporados a Jesucristo, creemos en su muerte salvadora y en la fuerza de su resurrección y, en consecuencia, estamos implicados en su causa, la de Dios (¡el Reino!).

En realidad, el bautismo se nos queda en la primera infancia. Nuestro proceso de maduración de la fe consiste en recuperarlo en su sentido más hondo: personalizar, llegar a hacer mío lo que se me dio por pura gracia. ¿Hubiera sido mejor que yo lo eligiese de adulto? Es una pregunta cada vez más acuciante; pero yo fui bautizado, y es el momento de hacerme consciente de lo que eso implica.

El camino que vamos a seguir es el mismo que siguieron los discípulos de Jesús: encontrarse con El de manera imprevista, sentirse atraídos, acompañarle, ver cómo actúa, escuchar su mensaje, sorprendernos, quedar desconcertados, fiarnos de El, a pesar de todo, implicarnos en el proyecto del Reino, aprender sus actitudes, ser fieles a su estilo de vida...

No va a ser fácil, porque todo lo tenemos montado y bien montado. Estamos relativamente comprometidos a profundizar en el Evangelio, a vivir mejor la Eucaristía del domingo e incluso a ser mejores con los demás; pero, ¿estamos dispuestos a ser sus discípulos, a implicarnos en lo que Jesús va a poner en marcha a partir de su bautismo en el Jordán?

La reflexión anterior fácilmente suscita esta pregunta: ¿Es que tendré que dejar mis comodidades y dedicarme a una vida distinta, entregada a la evangelización y/o a los pobres?

Al contrario, este libro quiere ayudar a suscitar verdaderos discípulos de Jesús en la vida ordinaria. No se trata de cambiar de estado ni de forma de vida, sino de algo

más sencillo y más radical (¿por qué nos cuesta tanto entenderlo?): estar dispuesto a implicarnos en la aventura de Jesús, tal como nos la presenta el Evangelio.

¿En qué consiste? Nos lo irá diciendo Jesús mismo. Está claro que cambiarán muchas cosas en nuestra vida, pero no serán probablemente las que imaginamos desde nuestros miedos.

Este libro caerá, sin duda, en manos de personas a las que efectivamente Jesús llama a una «dedicación especial» al Reino. No se trata de vocación mejor ni peor; es un modo de ser discípulo de Jesús. Lo que estas páginas precisamente desean es devolver a cualquier forma de existencia su talante vocacional. Hay pocas vocaciones «especiales» porque no se vive la existencia creyente normal como seguimiento de Jesús y entrega al Reino.

### TEXTO DE FRANCISCO: CARTA A LOS FIELES I [CtaF1]

¡Oh cuán santo y cuán amado, placentero, humilde, pacífico, dulce, amable y sobre todas las cosas deseable, tener un tal hermano y un tal hijo: Nuestro Señor Jesucristo!, quien dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre diciendo:

Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado en el mundo; tuyos eran y tú me los has dado (Jn 17,11 y 6). Y las palabras que tú me diste, se las he dado a ellos, y ellos las han recibido y han creído de verdad que salí de ti, y han conocido que tú me has enviado (Jn 17,8). Ruego por ellos y no por el mundo (cf. Jn 17,9). Bendícelos y santifícalos, y por ellos me santificó a mí mismo (Jn 17,17.19). No ruego sólo por ellos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, han de creer en mí (Jn 17,20), para que sean santificados en la unidad (cf. Jn 17,23), como nosotros (Jn 17,11). Y quiero, Padre, que, donde yo esté, estén también ellos conmigo, para que vean *mi* gloria (Jn 17,24) en tu reino (Mt 20,21). Amén.

